

# Origen maicero: un día entre la milpa y la tierra

Adolfo Cruz Cecilio<sup>1</sup>

Todo campesino es un químico que sabe asignar los cultivos idóneos según la composición del suelo (...). Es también un biólogo, conocedor de la genética que selecciona las mejores semillas (...) y un meteorólogo que interpreta los fenómenos del cielo (...).  
Michel Hardt y Antonio Negri, *Multitud, guerra y democracia en la era del Imperio* (2004).

Era mediodía de un sábado caluroso y los rayos del sol nos pegaban directamente en el rostro, mientras caminábamos por la calle que justamente terminaba frente a la casa de la persona que buscábamos.

Esta calle comienza en el centro del pueblo San Francisco Chimalpa, ubicado en el Estado de México, donde las pintorescas casas y negocios abundaban; pero al ir recorriéndola se volvía un camino de tierra con algunas casas en construcción o de adobe sobre ella. Casi llegando a nuestro destino sólo se podían ver árboles, algunas viviendas y campos trabajados en las colinas y laderas vecinas al cerro en donde nos encontrábamos.

Durante el trayecto, mi acompañante, un joven de 21 años de edad llamado Irving, me había comentado que este pueblo es un ejido y, por tanto, es una comunidad donde la fuente de ingresos de la mayor parte de la población proviene de trabajos de diversos oficios, así como de labores artesanales y rurales; entre ellos, la siembra de varios cultivos, tales como el maíz.

Al llegar a nuestro destino, me percaté de que el límite entre la vereda y el patio de aquella casa era inexistente. En la entrada había un caballo que

<sup>1</sup> Licenciado en Letras Hispánicas por la UNAM. Este documento fue elaborado para su presentación en el diplomado "Edición, diseño editorial y producción editorial. La edición reciente en México", División de Educación Continua de la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM, Ciudad de México, julio de 2018.

se refugiaba de los rayos del sol bajo la sombra del árbol en el que estaba atado; había una casa muy agradable y frente a ella una pequeña cabaña de madera. En la parte trasera se podía ver una ladera donde había algunos árboles frutales y magueyes; y se podía observar el trabajo hecho por la yunta sobre la tierra.

En seguida, de la casa salió un hombre de edad madura, de estatura media, que llevaba ropa y un sombrero polvosos; eso reflejaba su ocupación como campesino. Al saludarnos se presentó, su nombre es Eulalio y todo el pueblo lo conoce como “Layo”.

El señor Layo enseguida nos llevó a las tierras donde, semanas antes, había sembrado el maíz, las habas y el frijol de esta temporada. Comenzó a decirnos que nos estaba esperando desde temprano para mostrarnos todo el trabajo que realiza y que, como no llegábamos a su casa, pensó que ya no iríamos. Cabe señalar que los terrenos trabajados para la siembra son amplios; los árboles, magueyes y nopaleras que allí tiene fueron sembrados azarosamente por todo el lugar.

Primero me disculpé por no llegar temprano y comencé a preguntarle cuál es su técnica de siembra, si algún familiar lo ayuda en la siembra y cosecha de los alimentos, y si la semilla que utiliza es propia o la compra. Sin meditar sus respuestas, contestó que sus tierras están en un terreno complicado, ya que la ladera en que nos encontrábamos está muy inclinada y hay muchas piedras de gran tamaño. Sólo en ciertas partes utiliza la yunta, pero en general la siembra es de manera manual con el azadón. Sus hijos lo ayudan y la semilla es propia; la obtiene seleccionando los elotes de mayor tamaño de la cosecha, de éstos se utilizan los granos más grandes.

Entonces, Irving mencionó que también conoce el trabajo del campo porque junto a su papá siembra y en el pueblo la mayoría de las personas que aún se dedican a esta actividad utilizan dos tipos de semillas de maíz: el maíz criollo y el denominado maíz azul. El señor Layo confirmó el comentario y mencionó que lo único que los campesinos de la zona compran son los productos contra las plagas, algunos también los fertilizantes.

Los tres admirábamos el paisaje de los alrededores, donde predomina el bosque de los cerros vecinos. Le pregunté a don Eulalio si él compra estos productos. Contestó que sólo los plaguicidas cuando se llegan a necesitar, pero que los fertilizantes los adquiere ocasionalmente porque él tiene animales (pollos, cerdos y borregos), de los que obtiene estiércol y utiliza como principal abono. Irving preguntó dónde tenía a sus animales, porque desde nuestra llegada a su casa, sólo habíamos visto al caballo que estaba en la entrada.

Tras la pregunta, el campesino nos llevó a los corrales donde los tenía; éstos se ubicaban debajo de su casa. Los corrales no son muy amplios y están hechos de ladrillo y cemento, al igual que la casa; los animales no eran demasiados. En ese momento noté que la casa está justo en una parte

muy inclinada de la ladera, pero con gran astucia el constructor aprovecho esta cuesta para hacer una buena cimentación.

Después de ver los corrales, regresamos a los terrenos de la siembra y nos paramos bajo la sombra de uno de los árboles que había, porque el calor de ese día era insoportable. Entonces, solté las preguntas que más me interesaba que me respondiera: ¿usted recibe un apoyo gubernamental para su siembra?, si es así, ¿qué ayuda recibe y cómo la utiliza?

El señor Layo contestó que obtenía la ayuda del Programa de Apoyos Director al Campo (PROCAMPO). En ese momento los gestos en su rostro cambiaron: el semblante alegre y relajado que había tenido desde nuestra llegada se volvió serio. Dijo: “el gobierno no nos apoya con asesorías técnicas para mejorar los métodos de siembra. Porque la tierra sí da para comer; a mí el gobierno me da 1 300 pesos cuando el maíz ya está sembrado y me preguntan en qué voy a utilizar la ayuda. En este lugar sólo se siembra una vez al año y si el gobierno nos apoyara con asesorías, podríamos producir más porque la tierra sí da.”

En ese momento Irving comentó: “yo no sabía que había apoyos para el campo, mi papá es ejidatario y el ejido le da un apoyo para que cultive las tierras y no se pierdan; no pueden construir casas para seguir manteniendo las cosechas. El ejido nos provee el maíz, el abono para la yunta o la maquinaria”.

Los comentarios que acababa de escuchar me hicieron pensar que en este pueblo había dos tipos de ayuda para los campesinos: una para los ejidatarios, que era a nivel local; y otra para todos los campesinos y que es gubernamental. Así como que los ejidatarios de este lugar pueden contar con ambas y obtener una mejor cosecha y con ella mejores ganancias. El señor Layo me explicó que muchos ejidatarios y campesinos no pedían ninguna de las dos ayudas porque lo que se les da no alcanza realmente para nada; además de que toda la gente del pueblo siembra sus alimentos sólo para consumo familiar, aunado a que es difícil que vendan parte de sus cosechas para obtener alguna ganancia.

Al escuchar la explicación anterior me cuestioné cómo es que la gente del pueblo obtiene dinero para subsistir, aparte de las cosechas. Irving adivinó lo que estaba pensando y dijo: “la mayoría de la población de este lugar se dedica al oficio de florista, que es el vender flores y hacer arreglos de diferentes tamaños y para distintas ocasiones.” Enseguida don Eulalio expresó: “yo cuando era más joven me dedicaba a la albañilería para poder tener un sustento para mi familia, aparte de la cosecha de cada año. Ahora sólo me dedico a esto y mis hijos tienen sus oficios con lo que sostienen a sus familias.”

Al terminar de decirnos en qué trabajaba, el señor Layo nos comenzó a mostrar cómo iba su milpa. Nos llevó por todo su terreno para enseñarnos cómo iban creciendo las plantas recién sembradas en ella: sus nopaleras,

los árboles de pera, durazno y cereza; así como para observar sus maguayes, de los cuales obtenía pulque. En este recorrido les pregunté a ambos si utilizarían transgénicos y de ambos obtuve un rotundo no.

Mientras caminábamos, el campesino también nos dio su punto de vista sobre el gobierno y su insaciable sed de privilegios, corrupción y dinero. Cuando terminamos de ver todo el terreno cultivado, pudimos conocer a su familia, quienes, desde que llegamos nos miraron un poco sorprendidos por la plática que tuvimos los tres y porque yo estaba tomando algunas fotos de su terreno y plantación.

Terminado el propósito de nuestra visita, nos despedimos de don Layo, quien nos invitó a visitarlo nuevamente cuando ya esté a punto de cosechar. Irving y yo comenzamos a recorrer nuevamente aquel trayecto por el que habíamos llegado; aunque ya sin el calor que nos había acompañado antes.

En el regreso, comencé la conversación preguntándole a Irving si le gustaba sembrar y si lo haría cuando fuera mayor. Él contestó que sí le gusta el trabajo del campo y que, a pesar de estar estudiando una carrera universitaria y en un futuro poder ejercerla, le gustaría seguir sembrando sus propios alimentos en los terrenos de su familia.

Al escuchar su respuesta, el camino fue silencioso; no pronunciamos palabra alguna. Mi mente comenzó a meditar en todo lo visto y escuchado durante el día. Pensé en que si realmente el gobierno quisiera terminar con el hambre y la falta de alimentos, debería de apoyar más a los campesinos, pues sin ellos mucha gente padecería de hambre; debería ayudarlos a obtener más y mejores cosechas para dejar de importar maíz que no tiene la misma calidad que el nuestro; debería crear políticas que realmente satisfagan las necesidades de los comerciantes rurales y establezca precios justos para los alimentos que con tanto esfuerzo se producen en todo el país.

También pensé en el gran sentido de pertenencia que tienen los campesinos a su lugar de origen, además de lo pacientes que son en este trabajo que es tan menospreciado y que cada vez menos gente lo quiere realizar debido a lo mal pagado, reduciéndose así el número de cosechas; sin dejar de lado la discriminación que hay hacia ellos. 